



Avelina Gómez, 67 años
Pilar Arias, 21 años

Vida de una Gastarbeiter

Entre 1955 y 1973, más de 5 millones de personas emigraron a Alemania en busca de trabajo. El gobierno germano necesitaba cubrir el déficit de mano de obra en una economía en constante crecimiento. Avelina Gómez fue una Gastarbeiter (trabajadores invitados).

Tiene 67 años y una vitalidad desbordante a pesar de su enfermedad, una poliartritis degenerativa. Aunque nació en Toledo “por equivocación”, su corazón está en Salamanca, ciudad en la que se crió y a la que añora y teme a la vez. “Tengo miedo de tropezar con un pasado que todavía vive en mí” confiesa.

La misma sensación de incertidumbre sintió cuando un día de Septiembre de 1967, a los 28 años, se subió a un tren con destino a Alemania. Nunca pudo imaginar que no volvería dos años después con algunos ahorros y más experiencia, como tenía pensado.

“Estaba en uno de los momentos más duros de mi vida, una crisis de la que no sabía como salir. Necesitaba huir”, recuerda. Se instaló con su hermana Pepita que llevaba algunos años viviendo en un pequeño pueblo a 45 kilómetros de Hannover. Al principio, la joven provinciana se sorprendió al contemplar aquellos paisajes tan verdes y bien cuidados. Pero pronto y, a pesar de la pasión por la naturaleza que su madre le inculcó, comenzó a sentirse prisionera.

La fábrica de punto donde trabajaba estaba en Eickeloh, “un pueblo en el que sólo había vacas, una iglesia y un par de fiestas al año”. Era la única española que trabajaba allí y se dio cuenta de que nunca conseguiría adaptarse si no conocía el idioma. Por eso comenzó a estudiar alemán con los viejos libros de gramática de su hermana. La relación con los jefes era muy buena: “Ellos eran mi segunda familia. Comía con ellos e incluso nos íbamos de fin de semana juntos. Mi jefa me recordaba mucho a mi madre...Tan alta, morena y guapa como la Chiquita Piconera de Julio Romero”. A pesar de estos pequeños viajes, como en ese pueblo no había otra cosa que hacer, Avelina pasaba su tiempo libre en la fábrica, reparando las máquinas. En pocos meses, llegó a ser encargada, algo muy infrecuente en una mujer española. Gracias a ella, la producción aumentó considerablemente. Sin embargo, no era feliz.

Su jefa se dio cuenta y pensó que Avelina sentía nostalgia. Por eso intentó ponerle en contacto con otros españoles de pueblos cercanos e incluso le llevaba periódicos editados en España. Precisamente ojeando una de esas publicaciones, encontró un anuncio en el que la fábrica Blaupunkt, filial de la Bosch, buscaba empleadas. Avelina pensó que ésta era la oportunidad que necesitaba para escapar de aquel pueblo. Decidida, escribió una carta para informarse de las condiciones en las que vivían las trabajadoras. Por aquel entonces, la mayoría de los españoles que eran “invitados a trabajar” por Alemania entraban en el país con un contrato de trabajo aprobado por el instituto de inmigración de la correspondiente provincia española. Vivían en barracas, hacinados y con mínimas condiciones higiénicas. Avelina había oído hablar de todo aquello, por eso quiso informarse antes. La carta que recibió como respuesta hablaba de habitaciones con calefacción, duchas y un buen ambiente de trabajo entre las españolas.



Cuando llegó a su nueva residencia en Hittlesheim, le dijeron que había tenido suerte pues sólo compartiría habitación con 4 compatriotas. "Cada una de mis compañeras tenía un turno de trabajo distinto. El mío era de 6 de la mañana a 2 de la tarde. Luego, tenía una pausa para comer y volvía a la fábrica hasta las 11 de la noche. Cuando yo me iba a dormir, otra tenía que levantarse. No podía resistirlo" recuerda con acritud. Pero la falta de sueño no fue lo único que hizo mella en su salud. Avelina tenía que manipular planchas de cobre sin más protección que la de unos guantes. Como consecuencia, se le diagnosticaron 24 tipos de alergia a sustancias químicas. Pidió un cambio de puesto y, gracias a su experiencia como encargada en la anterior fábrica, pasó a ser controladora de la producción de placas de platino. Compaginaba su trabajo con clases en la Universidad Laboral para mejorar su alemán.

A medida que fue adquiriendo confianza con el idioma, quiso hacer algo para hacer frente a la indefensión laboral de sus compañeros. " Muchos de ellos, no sabían lo que el Estado les descontaba de las nóminas y evitaban ir al médico porque no sabían alemán. Quería defender a mi gente" afirma. Por eso, se propuso ser representante de los obreros españoles en el sindicato, un cargo de mucha responsabilidad. Además se ofrecía voluntariamente como intérprete para los trabajadores que necesitaran resolver cualquier asunto legal, médico o laboral. Algunos quisieron conseguir un trato de favor de Avelina, aprovechando su posición de influencia. "Había gente que me pedía favores personales, como las bajas para poder ir a recoger las cosechas y ganar un sueldo extra. Yo no podía hacer eso. A mí me exigían responsabilidad en mi cargo y yo exigía la misma responsabilidad a mis compañeros" asegura de manera tajante. Denunció a encargados e ingenieros por irregularidades en su trabajo.

Con los conocimientos que ya había adquirido, pudo arreglar algunas máquinas que suponían un peligro para la seguridad de los trabajadores.

Por fin, las cosas parecían funcionar. Avelina había conseguido que la empresa le trasladara a una residencia en la que sólo compartía habitación con otra chica española. Sin embargo, la dirección de la fábrica desalojó a la mayoría de españolas para cobijar a la masa de mano de obra turca que llegó al país. No tuvo más remedio que buscar otro lugar donde vivir y, como ella misma cuenta, fue muy difícil: "En Alemania había muy pocas casas vacías. Las únicas disponibles eran muy viejas y con muebles destartados. Para los propios alemanes era complicado encontrar algo digno a un precio razonable". Finalmente, se trasladó a una residencia de estudiantes en la que disponía de una habitación para ella sola, aunque tenía que pagar un alto alquiler.

Al poco tiempo de la mudanza, consiguió un nuevo empleo como asistente personal de un médico español. Sin embargo, una enfermedad y las injusticias que vivió en su puesto de trabajo, hicieron que Avelina dimitiese a los dos años. "Se suponía que a las 2 de la tarde dejaba de trabajar, pero mis jefes querían que terminado mi turno, yo fuese a su casa para limpiar y cuidar de los niños. Al principio acepté porque me pagaban muy bien, pero poco a poco me di cuenta de que me estaba convirtiendo en su esclava y no tenía tiempo para mí" comenta indignada.

Precisamente una mañana, Avelina y su hermana Pepita decidieron pasar todo el día de compras en la ciudad. Fue allí donde Avelina vio por primera vez a su futuro marido: "Mi hermana lo ayudó con el papeleo tras un accidente de coche en el que perdió a su mujer y su suegro. José, mi marido, no sabía muy bien alemán. Al principio



debo confesar que no me atrajo porque era demasiado bajito. Pero comenzamos a vernos más...y nos enamoramos”.

Avelina detestó siempre la idea de casarse joven por tradición y acabar convirtiéndose en una sirvienta más que en una esposa. Pero una mañana de abril de 1980 y con 42 años se casó en la iglesia de Hiltlesheim. La pareja no pudo tener una luna de miel porque ambos tenían que trabajar. Además vivieron separados hasta que en junio Avelina pudo instalarse con su marido en Hannover. En julio aprovecharon las vacaciones para regresar a España y conocer a sus respectivas familias. La recién casada había pasado todos sus veranos junto a su madre en Alcalá de Henares. “Mi madre es la persona a la que más he querido, pero nuestra relación era de amor-odio. Por su culpa me marché a Alemania, pero a pesar de todo, cada mes le mandaba la mitad de mi sueldo” cuenta con gesto serio. La añora. Su mirada perdida denota sentimientos que no quiere descubrir, palabras que nunca dijo a su madre porque creía que no iba a entenderla. “Siempre fui una niña especial, con gusto por la literatura, la pintura y el arte. Creo que ella no supo comprenderme” añade.

Tras una intensa vida laboral, obtuvo la baja por enfermedad a los 56.

Cuando murió su marido, supo que su etapa en Alemania había terminado. Hace 3 años y medio que reside de nuevo en España y, la adaptación no está siendo nada fácil. No se siente próxima a las mujeres de su edad e intenta llenar su tiempo con actividades: escribe en un periódico, pinta, hace ganchillo y acude a diversos cursos en el Centro Defensor de la mujer. Lo que más echa de menos de Alemania son sus leyes, “más estrictas y eficaces”. Pero nunca olvidará que allí fue una extranjera. Por eso quiere volver a Salamanca, “para recordar aquello que fui, tuve y dejé”. Avelina sonríe mientras se levanta para marcharse. En su cabeza resuena aquel proverbio alemán que dice “Los árboles más viejos dan los frutos más dulces”. Sabe que tiene razón.

Lo importante de la vida

La primera pregunta que te hago es si realmente decidiste ser un emigrante. ¿Cómo habría sido tu vida de no tener que haber dejado tu tierra rumbo a un destino de sacrificio e incertidumbre? ¿Alguien te ha preguntado alguna vez cuáles son tus sueños, qué viene después de la cadena de producción en la que pasas 10 horas al día? A mi no. Por eso me gusta escribir lo que veo en el autobús, en los parques... Tal vez tú seas el próximo protagonista de alguna de esas historias. Si hay algo que he aprendido, es que nunca debes rendirte. Merece la pena esforzarte por aquello que realmente quieres y dedicar tiempo a las pequeñas cosas que dan sentido a tu vida. Se qué es difícil, pero inténtalo. A mí, por ejemplo, me ha gustado escribir desde pequeña y el año pasado terminé un libro sobre el Quijote. ¡Hasta he regalado una copia al alcalde de Alcalá de Henares!

Lucha por aquello en lo que crees. Si piensas que no puedes hacerlo solo, únete a alguna asociación, pero nunca recurras a la indiferencia. Con tu voz puedes denunciar injusticias. Ser emigrante no implica ser ciego y sordo con respecto a determinadas situaciones. Ten en cuenta que la cultura es poder. Cuando estuve en Alemania me di cuenta de que la única manera de avanzar era estudiando el idioma. Leer ha sido y es una de mis grandes pasiones.



A mis 67 años, una de las lecciones más importantes que he aprendido es que no merece la pena que guardes rencor a nadie. Es un sentimiento que no te aporta nada bueno. Como sindicalista, he tenido conflictos con algunos compañeros de trabajo y con mis jefes. En ocasiones, me he sentido traicionada y he vivido injusticias y tratos de favor de los jefes hacia otras compañeras. A pesar de ello, siempre he querido mantener una buena relación con todo el mundo que ha pasado por mi vida de manera significativa. Prueba de ello es que, continúo escribiendo y llamando por teléfono a mis antiguos compañeros de trabajo en Alemania. Como te decía, el rencor no sirve para nada y te quita tiempo para hacer otras muchas actividades que sí merecen la pena. Dedicale ese tiempo a tu familia, cuéntales tus cosas. He aprendido que la comunicación es muy importante, por eso me siento rara cuando algunas de mis compañeras en el centro para mayores de Alcalá no hablan de ciertos temas que consideran tabú, como el sexo, la emancipación de la mujer, etc. Si nadie habla, las cosas que no nos gustan no pueden cambiarse.

De mi etapa en Alemania, he aprendido que el respeto hacia el otro y hacia las leyes es básico para asegurar una buena convivencia. Así que vive y deja vivir. Me despido ya, estimado desconocido. Lo último que deseo aconsejarte es que no vivas para trabajar porque la felicidad se esconde en rincones que hay que descubrir. No pierdas tiempo y búscalos. Suerte. Estoy contigo. Avelina